

Incertidumbre: *desempleo, tensión social y desesperación*

La vida de las familias de este sector de La Pintana se ha transformado, al igual que la de millones de personas en Chile y el mundo. La pauperización ya ha llegado a los hogares de nuestro país.

BENITO BARANDA | Presidente ejecutivo de América Solidaria.

Las calles están mojadas, la lluvia no ha dejado de caer y hace mucho frío. Varias casas se han pasado de humedad y los recursos no alcanzan para tener todo el día la estufa a parafina encendida. Si bien necesitamos el agua caída, dada la sequía prolongada en que hemos estado, en la comuna de La Pintana se experimenta esa otra cara, dada la precariedad de los hogares, lo que se ha acentuado en la crisis actual.

Gonzalo lleva veinticinco años trabajando de manera ininterrumpida en la construcción. Es ceramista, enfierrador y sabe también estucar. Solo ha tenido breves tiempos de descanso y su ingreso le permite vivir en una buena casa del sector El Castillo, aunque en un ambiente inseguro y de grave exclusión social. Su mujer, Bernarda, también trabaja y hoy está con licencia. Ambos de 60 años de edad, tienen cuatro hijos y ocho nietos. En la casa están con algunos de ellos, sumando actualmente diez personas bajo el mismo techo. Hoy han pasado ya doce semanas sin actividad laboral ni ingresos, algo inusual en él y esto lo tiene desesperado. Su mal genio se percibe al llegar a su casa, anda cabizbajo, habla poco y reacciona muy mal, lo que provoca tensiones familiares que se añaden a las dificultades para mantener el nivel de vida previo a la crisis sanitaria. Los atrasos en el pago de las cuentas de los servicios básicos y de las cuotas de las tarjetas lo tienen en un escenario que no había experimentado, y eso lo llena de ansiedad.

A pocas cuadras, en la población adyacente, viven Miguel y Carmen. Ambos con poco más de 60 años, con su extensa familia, tres hogares en un mismo terreno, seis adultos y cuatro

niños. En los años ochenta fueron parte de los campamentos de la zona sur de Santiago y desde mediados de esa década habitan una mediagua con caseta sanitaria, la que hoy se ha llenado de ampliaciones con un precario segundo piso. Luego de una dura cuarentena familiar, producto del contagio por COVID-19, han retomado parte de la normalidad familiar, pero ahora en medio de un encierro decretado por el Estado y con carencia de recursos económicos. Ellos, y los hogares de su cuadra, llevan meses con una disminución progresiva de ingresos. Al visitarlos, salen a saludar con miradas apesadumbradas, preocupadas y cargadas de ansiedad, ¿qué pasará en el futuro cercano? ¿Será igual que en el '82?

*

En nuestras visitas de acompañamiento, hemos sido testigos de la detención del tiempo en la pobreza y el abandono de cientos de familias que no lograron dejar atrás la miseria en estos años, desde los campamentos originales.

*

En las cercanías, a unas cinco cuadras, la sede vecinal se ha transformado en una olla común. Concurren diariamente —de lunes a viernes— unas ochenta familias a buscar su alimento. Las dirigentas a cargo se movilizan desde temprano para sanitizar y preparar de manera segura la comida. Su abnegación es admirable, destinando muchas horas del día al servicio gratuito hacia las familias que están más afectadas por la crisis.

En la última población del sector, hacia el oriente, donde los hogares enfrentan condiciones de mayor pobreza y abandono, un grupo de mujeres ha levantado en plena calle otra olla común con la particularidad de que incluye llevar bandejas de comida a la casa de las familias contagiadas con personas mayores y con hijos dependientes, atendiendo una cantidad similar de personas. Hacia el poniente, por avenida el Ombú, se ha instalado una carpa permanente que acoge una tercera olla común, conducida por mujeres jóvenes aguerridas y muy

empáticas. No solo preparan almuerzos, sino que se han dado el trabajo en las tardes de tener algo sabroso para los niños del sector (queques, pizza, chocolate, etc.). A unos 200 metros, un grupo de personas que participa en la iglesia evangélica prepararán pan tres días a la semana para regalarlo a las familias con mayores dificultades económicas. Van puerta por puerta.

La vida en este sector y la de cada una de las familias, inesperadamente, se ha transformado, al igual que la de millones de personas en Chile y el mundo. La pauperización ya ha llegado a los hogares de nuestro país, de Latinoamérica y de tantos lugares del orbe, con sus efectos existenciales que impactan la vida individual, familiar y social. En lo personal, no me habría imaginado volver a ver y experimentar esto al igual como me tocó conocerlo en las postrimerías de los ochenta, cuando llegamos a vivir y trabajar a esta comuna.

TERRITORIOS SEGREGADOS, CUARENTENAS Y DESEMPLEO

Lo experimentado por Bernarda y Gonzalo, Carmen y Miguel, y las personas que concurren a las ollas comunes, se multiplica en los espacios urbanos de segregación social. Cuando la vida ordinaria fluye, se tiende a olvidar o ignorar, como un «punto ciego», el contexto amenazante de territorios donde las bandas narcodelictuales han reemplazado al Estado, las casas se han llenado de rejas y el aislamiento se ha acentuado. A la adversidad de la crisis social y económica instalada y que se prolonga, se yuxtapone —a lo menos, en un 30% de los hogares— la realidad de vida en los campamentos, el hacinamiento en las poblaciones y villas, y la inseguridad crónica que se experimenta en los guetos urbanos construidos por el Estado. Se devela la fragilidad del desarrollo de Chile dada su alta desigualdad, donde un 50% de los trabajadores tiene ingresos mensuales inferiores a \$ 400.000. Por eso se comprende que la totalidad

de las personas de este sector que cuentan con trabajo estable y contrato, con quienes hemos alternado en estos meses, miren favorablemente el retiro de su 10% de la AFP: «Si, total, igual vamos a tener una pensión miserable», me decía una mujer que colabora voluntariamente en una olla común y lleva años trabajando en empresas de servicios.

Los espacios geográficos donde se han multiplicado estas adversidades ponen un contexto complejo a quienes hoy —habitados a salir diariamente a trabajar— se encuentran confinados por la ausencia de este trabajo y la cuarentena obligatoria. Los efectos de esta realidad ya los resienten las familias y las comunidades, con un cúmulo de frustraciones y temores. En nuestras visitas de acompañamiento, hemos sido testigos de la detención del tiempo en la pobreza y el abandono de cientos de familias que no lograron dejar atrás la miseria en estos años, desde los campamentos originales, luego con las erradicaciones de los años ochenta y posteriormente los duros años de la crisis y la acentuación de las carencias, con el legado de enfermedades que no dejan de perseguirlos (p. e., obesidad, diabetes, problemas cardiovasculares). Sin lugar a dudas, se percibe el avance material, la existencia de mayor matrícula pre escolar y escolar, la asistencia a la educación superior gracias a la gratuidad, pero todos estos avances se dan en medio de inseguridad socioeconómica y segregación residencial.

Las cuatro áreas de empleo mayoritarias y más sensibles que se observan en el sector El Castillo son: la construcción, el empleo doméstico, los servicios (empresas tercerizadas de limpieza y cocina, preferentemente) y actividades informales (venta ambulante y/o desde el hogar, ferias y puestos en la calle). Todos estos ámbitos laborales han sido extensamente impactados en estos meses, lo que pone a esta zona en un escenario colectivo de alta tensión. Es un duro invierno que se grabará en las vidas de miles de familias.

EL DESEMPLEO Y CONSECUENCIAS

La ausencia de trabajo, las suspensiones y la inactividad de los/las informales, ya ha pasado la barrera de los dos dígitos y escala diariamente. Hombres y mujeres se agolpan fuera de las ollas comunes cerca del mediodía, algunos avergonzados o con cierto pudor, a la espera de los alimentos para su familia, agobiados también por un incierto porvenir. Acostumbrados a mantener a sus familias, a sostener sus progresos en base al esfuerzo realizado en el trabajo, hoy se han visto con las «manos amarradas» y frustrados. Si bien la «informalidad» es cercana al 30% en Chile, en los sectores populares más marginados esta puede alcanzar un 50% y se acrecienta en medio de la necesidad de recursos para subsistir.

Las consecuencias más evidentes del desempleo ya las podemos ver y escuchar. Las hay de carácter individual, pero también familiar y comunitario. Cada persona que tenía como hábito diario realizar un trabajo que le permitía subsistir, en estos meses se ha visto profundamente impactada por la ausencia de este. Eso desencadena en ellos y ellas frustración, ansiedad, sín-





tomas psicosomáticos, depresión y, en más de alguna persona, agresividad. El bienestar psicológico es más frágil y se afecta la autoestima. Es este último aspecto el que más nos preocupa, dado lo que nos tocó experimentar en la salida de la crisis de los ochenta: el impacto en la autovaloración de esa cruenta crisis dejó heridas íntimas de difícil sanación, como lo son los sentimientos de incapacidad personal, los auto-reproches y la auto-culpabilización, una suma de comentarios críticos hacia uno mismo, el buscar refugio en el alcohol o las drogas, con un aumento progresivo del estrés. Y sembró a su vez un sentimiento de injusticia que no ha cesado, dado el abandono en que quedaron.

*

El bienestar psicológico es más frágil y se afecta la autoestima. Es este último aspecto el que más nos preocupa, dado lo que nos tocó experimentar en la salida de la crisis de los ochenta.

*

Para las familias, la presencia de los padres desempleados en el hogar provoca incertidumbre, genera ansiedad en los hijos y puede causar depresión. Hay familias que han experimentado cambios radicales o que ya han profundizado quiebres que se venían gestando y que ahora es difícil controlar. De allí se desatan las violencias mutuas (verbales, psicológicas y físicas), entre los adultos y hacia los niños, ya reflejadas en cifras preocupantes de aumento en la violencia hacia la mujer y los hijos e hijas.

En las comunidades donde impacta el desempleo, la oferta para la obtención de recursos por otras vías se multiplica. Un grupo grande de personas ingresa a la informalidad desde

iniciativas personales o familiares, se extienden «los coleros» en las ferias, los recicladores se multiplican y se moviliza la comunidad creando ollas comunes, asistiendo a las personas en sus hogares con alimento y vestimenta, y se activan redes solidarias que habían estado adormecidas por años. Hoy se calcula que en la Región Metropolitana ya hay más de quinientas ollas comunes registradas. Solo en el sector El Castillo de La Pintana en pocas semanas se llegó a quince con una cobertura aproximada de 4.500 personas diarias; es decir, un 7,5% de la población de este sector, algo que no ocurría desde la década de los ochenta, a pesar de que se reparten las cajas en las diez escuelas del sector (Junaeb), que llegan las cajas del gobierno central, y que el municipio con otras organizaciones sociales e Iglesias también distribuye desde hace varias semanas.

Sin embargo, también surgen otras ofertas atractivas para obtener recursos económicos, las que están en las bandas narcocriminales que asolan, desde hace años, los sectores más vulnerados de Chile y controlan en varios de estos lo que allí ocurre.

SOPORTE COMUNITARIO

El trabajo está en el ADN de quienes experimentan la pobreza. Quien no trabaja no puede obtener ingresos para sostener su hogar ni tampoco puede dar sentido al día a día, se deteriora la vida personal y familiar, se impacta la comunidad y se retrocede en aspectos económicos y psicosociales cruciales en el camino de la superación de la pobreza, la inclusión social y la autoestima. Las expectativas se ven muy oscuras, lo que termina por hacer entrar a muchos y muchas en un circuito de deterioro personal que posteriormente requiere arduo trabajo y acompañamiento revertirlo.

Las transferencias monetarias del Estado suplen en parte estas necesidades. Sin embargo, no permiten mantener el nivel de ingresos previo a la crisis ni tampoco sostener el «sentido diario» que entrega el trabajo. Las organizaciones comunitarias se han reactivado y su multiplicación inorgánica, espontánea y solidaria es, en lo inmediato, una respuesta a esta realidad, pero difícilmente podrán prolongarse en el tiempo a pesar de la urgente necesidad de ellas en estos barrios, ya que permiten una mayor cohesión social desde estos vínculos de confianza y servicio mutuo.

Es el tiempo de estar cerca y acompañarse en lo que se está viviendo. La misma comunidad, las iglesias y las organizaciones de la sociedad civil lo han entendido así: se han desplegado en sus territorios dando proximidad a quienes hoy lo están pasando mal. En esto no podemos desfallecer, hay que perseverar y estar presentes. «Qué bueno estar cerca y ayudarnos», afirmaba una de las mujeres jóvenes que afanosamente cocinaba durante el día de las fuertes lluvias en Santiago, cuando las calles de El Castillo se repletaron de agua y barro, dando testimonio concreto de que nos necesitamos mutuamente, de que es colaborando como podemos construir esa tan ansiada justicia que clama desde estos barrios. Más ahora, en medio de esta crisis arrasadora. MSJ